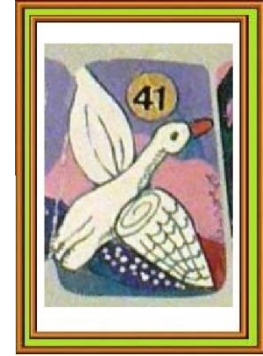




Y la Verdaguer, porque aquella tarde sí tuviera ganas de hacer los deberes o mucho amor propio o muchas ganas de tocar las narices a la señorita, se dedicó a plantear su propia hipótesis bastante



historiada¹ pero que no la pudo terminar — explicó a la señorita — porque al llegar aquí² se presentó su madre que, hecha un basilisco porque ya la había llamado cinco veces para cenar, dijo “no sé nena si me toca o no, pero...” y la sacó de una oreja.

Y que se la repasase por favor porque con una madre interrumpiendo todo el rato no estaba segura de no haberse confundido en algo.

Pero sonó la campana y la señorita dijo “lástima”, y que no le daba tiempo.

La Verdaguer musitó por lo bajo “cobarde”.



¹ Ver imagen arriba.

² Ver [detalle](#).